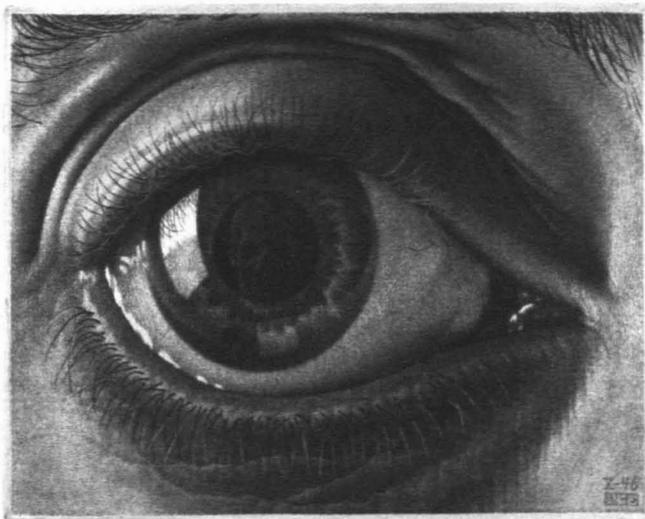


Suicidio Interior

Harto de estar harto comienzo a dudar de mis posibilidades. Las lágrimas de los ojos las seca el calor sofocante de una tarde de Agosto. Y el rostro cansado lo tapo con una falsa sonrisa que me está empezando a resultar asquerosa e hipócrita. Ya ves, todo menos original; una sonrisa que da pena. Porque nunca conseguí nada, será verdad lo que me dijo un día aquel señor mayor. Iba a escribirlo pero no recuerdo sus palabras textuales. Sólo sé que no me gustó el mensaje que transmitían. Dios mío, ¡qué

encrucijada!

Entre tantas posibilidades me quedé con la que resultó ser la más negativa. Mi amor verdadero se quedó en un romance pasajero. Y mi corazón no me lo perdonará en la vida.



Así que pensando en estas cosas y en otras que no consigo trasladar al papel, me senté en el banco de madera de la calle más cercana a mi casa y cerré los ojos. Nunca supe de qué manera ocurrió (todavía hoy continuo pensando cómo se produjo aquel desconcertante sueño); lo cierto es que comenzaron a desarrollarse en el interior de mi mente imágenes nunca vistas, (al menos eso pensé al abandonar el banco.) Dentro de una habitación, cuyos límites se elevaban

hasta el cielo, una serie de escaleras conducían a diversos lugares. Gusanos minúsculos y pringosos se deslizaban por aquella estancia en procesión; despacio, dejando a su paso una sustancia pegajosa (luego me di cuenta de que yo estaba babeando en el banco.) Todos iban en la misma dirección, pero por extraño que parezca no tenían una meta o un destino fijados. "Oh, Naturaleza, tú, que nos creaste maravillosamente, y nos diste libertad para todo, guía a esos pobres animalejos en su carrera vital, provéelos de buenos alimentos y haz que sean felices en todo momento", decía una voz en el interior de mi cabeza.

Una enorme mano llena de pelos y con las uñas más grandes del mundo descendía a gran velocidad por encima de las cabezas de los pequeños animalitos. Instantes después, por las paredes y el suelo yacían sin vida esos diminutos seres aplastados. Ninguno sobrevivió. Acto seguido, la mano derribó la habitación. Después de aquello solamente recuerdo que una ventisca fortísima de aire eliminó todo lo que quedaba. Nada más que veía blanca; todo era albino como las primeras nieves de la temporada invernal. Pero estábamos en verano. Tras esa imagen en mi cerebro donde no había nota de color alguno, no dispongo de ningún dato más para aclarar lo que sucedió mientras cerré los ojos en el banco.

Han pasado varios meses desde que tuve aquel extraño sueño. No acostumbro a sentarme en los bancos de la calle a babear mientras duermo. Ha sido la única vez que me ha pasado eso. Espero que no vuelva a ocurrirme. Por el momento voy a encontrarme con Gregorio Samsa; mañana trabajamos y hay que llegar pronto.

Dormid bien. Buenas noches.